

Así que llegué á París, fui á casa del banquero de mi madre. Tomé treinta mil francos; desde allí me dirigí á casa de Manuel. Llamé á su ayuda de cámara; salió este, cerré la puerta del cuarto donde nos hallábamos solos, y le dije:

—Tom, ¿quieres ganarte veinte mil francos?

—Tom abrió tanto ojo.

—¿Veinte mil francos? dijo.

—Sí, veinte mil francos.

—¿Si quiero ganarlos yo?... Seguramente que quiero....

—Si yo no me equivoco, le repliqué, harías tú por la mitad de esa suma una acción aun peor que la que te voy á proponer.

Tom se sonrió.

—No me aduleis, señor, me dijo.

—No, porque te conozco.

—Hablad, pues.

—Escucha: saqué de mi bolsillo el papel que me habia dado Carolina y se lo enseñé.—¿Recibe tu amo cartas de esta letra? le dije.

—Sí, señor.

—¿En dónde las guarda?

—En su cómoda.

—Necesito todas esas cartas. Ahí tienes cinco mil francos adelantados, los otros quince mil te los daré cuando me traigas toda la correspondencia.

—¿Y en dónde me esperais?

—En mi casa.

Una hora despues entró Tom.

—Aquí las teneis, caballero, dijo presentándome un paquete de cartas:

Comparé las letras, eran iguales, dile los quince mil francos, se marchó. Entonces me encerré. Acababa de dar oro por aquellas cartas, y á la sazón hubiera dado sangre porque hubiesen sido dirigidas á mi.

Manuel era el amante de Carolina hacia dos años, la habia conocido soltera, y marchándose cuando se casó, llamaba suyo al niño de que tan orgulloso se mostraba el general. Desde aquella época la dificultad de hacerse presentar en casa de su querida le habia impedido volverse á ver. Pero un día, como ya he dicho, encontré á Mr. M.... con su muger, y fui escogido por ella y por su amante para disfraczar su amor. Fui el encargado de volver á llevar á Manuel junto á Carolina; y las atenciones, los cuidados y aun la ternura que hácia mí se afectaban era para no escitar las sospechas del general, que segun la confesion que anteriormente le habia hecho su muger, ya no debia ni podia temerme. Ya veis que la intriga estaba bien urdida, y que yo habia sido bien burlado y muy estúpido. Pero ahora me habia llegado mi turno..

Escribi á Carolina.

«Señora: ayer noche á las once estaba yo en el jardín cuando Manuel entró en vuestro cuarto, y le he visto entrar en él. Esta mañana á las cuatro estaba yo en el corredor cuando ha salido, y le he visto salir. Hace una hora

que he comprado á Tom por veinte mil francos, vuestra correspondencia con su amo.»

El general no debia estar de vuelta en la quinta hasta dentro de dos ó tres dias, y así estaba yo seguro, de que la carta no caeria en sus manos.

Á la mañana siguiente á las once, vi entrar á Manuel en mi cuarto pálido y cubierto de polvo. Me encontró en la cama así como me habia echado la vispera, sin haber podido dormir un solo instante. Se dirigió hácia mí.

—¿Sin duda sabeis á lo que vengo? me dijo.

—Lo presumo, caballero.

—¿Teneis unas cartas mías?

—Sí, señor.

—¿Vais á devolvérmelas?

—No, señor.

—¿Qué tratis de hacer con ellas?

—Ese es mi secreto.

—¿Con que rehusais?...

—Rehuso.

—No me obligueis á deciros lo que sois.

—Ayer era un espia, hoy soy ladrón: ya veis que yo mismo me lo digo antes que vos.

—¿Y si yo lo repitiese?

—Teneis demasiado buen gusto para hacerlo.

—¿Me dareis entonces una satisfaccion?

—Sin duda.

—¿Ahora mismo?

—Ahora mismo.

—Pero os prevengo que va á ser un desafío implacable, un desafío á muerte.

—Me permitireis hacer mis disposiciones testamentarias, que no serán muy largas.—Toqué la campanilla. Entró mi ayuda de cámara, hombre de esperiencia con quien podia contar.

—José, le dije, voy á batirme con este caballero y es posible que me mate.—Abrí mi cómoda.—Así que sepas mi muerte, continúe, tomarás estas cartas, y se las llevarás al general M.... y esos diez mil francos que están en el mismo cajón son para tí. Toma la llave.

Di la llave á José, que me saludó y marchóse.

—Caballero, le dije á Manuel, ahora estoy á vuestra disposicion.

Manuel estaba pálido como la muerte, y de cada uno de sus cabellos caia una gota de sudor.

—¿Es una infamia lo que haceis! me dijo.

—Ya lo sé.

—¿Si me matais, replicó acercándoseme, volvereis al menos esas cartas á Carolina?

—Eso dependerá de ella.

—¿Qué ha de hacer para recobrarlas?....

—Es preciso que venga á buscarlas.

—¿Aqui?

—Aqui.

—¿Conmigo entonces?

—¡No! sola.

—Nunca.

—No os comprometais por ella.

—No consentirá.

—Puede ser. Volveos á la quinta y consultadlo juntos; tres dias os doy.

Reflexionó un instante, y salióse precipitadamente fuera de la habitacion.

Al tercer dia me anunció José que una señora cubierta con un velo queria hablarme en secreto. La hice entrar, era Carolina. La indiqué por señas que tomase asiento: se sentó; yo me quedé en pie junto á ella.

—¿Ya veis, señor, me dijo, que he venido?

—Hubierais cometido una imprudencia, señora, á no hacerlo.

—He venido confiada en vuestra delicadeza.

—Habeis hecho mal, señora.

—¿Con qué me devolvereis esas malhadadas cartas?

—Sí, señora, pero con una condicion.

—¿Cuál es?

—¡Oh! la adivináis.

Envolvióse la cabeza con las cortinas de mi ventana, haciendo los mayores estremos como una muger desesperada, por que habia comprendido en el tono de mi voz que seria inflexible.

—Escuchad, señora, continúe yo, los dos hemos jugado en un juego muy extraño; vos con astucia, yo con firmeza; yo he ganado la partida; á vos toca saberla perder.

Retorcióse las manos y sollozaba.

—¡Oh! vuestra desesperacion y vuestras lágrimas no harán nada, señora; os habeis encargado de secar un corazón, y lo habeis logrado.

—¿Pero, y si yo prometiese, contestó, por medio de un juramento al pie del altar, no volver á ver ya mas á Manuel?

—¿No estais obligada por juramento hecho al pie del altar á ser fiel al general?

—¿Cómo! no quereis otra cosa por esas cartas... con que ni oro ni sangre por... sino...

—¡Nada!... lo dicho.

Desarrolló la cortina que envolvía su cabeza y me miró cara á cara. ¡Oh! ¡qué hermosa estaba aquella cabeza pálida con los ojos centellantes de cólera y los cabellos sueltos, destacándose sobre las cortinas encarnadas!

—¡Oh! dijo, apretando los dientes, caballero, vuestra conducta es muy atroz.

—¿Y qué direis de la vuestra, señora? Un año habia estado yo para apagar mi amor y lo habia logrado, volviendo á entrar en Francia para veneraros: ya no me acordaba yo de mis pasados tormentos, y no descaba sino abrigar otro amor, cuando os encontré de nuevo; entonces no fui yo quien os buscé, fuisteis vos quien me buscé á mi. Removisteis con vuestro dedo la ceniza de mi corazón, y procurasteis encender con su soplo las chispas del antiguo fuego. Y cuando estuvo encendido otra vez, cuando le visteis brillar en mi voz, en mis ojos, en mis venas, en todo mi cuerpo.... ¿para qué fui bueno? ¿para qué serví? Para lle-

var á vuestros brazos al hombre á quien amabais y para ocultar detras de mi capa vuestros besos adúlteros. Hice todo esto. ¡Cuán ciego estaba! Pero vosotros tambien estabais ciegos sin pensar que no tenia yo mas que levantar la capa para que el mundo entero os viese....

Ea, señora, á vos misma toca decidir lo que he de hacer ahora.

—Pero caballero, ¡oh, no os amo!

—Tampoco es amor lo que os pido..

—Será una violacion.

—Llamadlo como os dé la gana.

—¡Oh! no es posible que seais tan cruel cual fingis serlo. Tendreis lástima de una muger que se arrodilla á vuestras plantas.

Arrojóse á mis pies.

—¿Y tuvisteis vos compasion de mí, cuando yo estaba á las vuestras?

—Pero yo soy una muger... y vos un hombre...

—¿Y sufría yo menos por eso?

—Devolvedme esas cartas, caballero, os lo suplico por Dios...

—Ya no creo mas en él...

—Por el amor que me teneis...

—Está apagado.

—Por lo que mas ameis en este mundo...

—Ya no amo nada.

—Pues bien, haced lo que gusteis de esas cartas, me dijo levantándose, pero no accedere jamás á lo que de mí exijis. Y se lanzó fuera de la habitacion.

—Teneis de término hasta mañana á las diez, señora, la grité desde la puerta, cinco minutos mas tarde ya no será tiempo.

Al otro dia á las nueve y media entró Carolina en mi cuarto y se acercó á mi cama.

—Vedme aqui, me dijo.

—¿Y bien?

—Haced de mí todo lo que querais...

Un cuarto de hora despues me levanté, fui á la cómoda, saqué á la ventura una carta del cajón en que estaban todas y se la presenté.

—¿Cómo! me dijo palideciendo ¡una sola!

—Las otras os serán entregadas del mismo modo; cuando las querais, señora, podeis venir á recogerlas...

—¿Y volví? exclamé yo interrumpiendo al monge.

—Dos dias seguidos.

—¿Y al tercero?

—La encontraron asfixiada con Manuel.

AVENTICUM.

A la mañana siguiente al amanecer fuimos á visitar la capilla de San Bruno: hállase situa-

da á una media legua encima de la Cartuja sobre la punta de una escarpada roca: nada ofrece de notable mas que lo pintoresco de los sitios y lo atrevido de su situacion. En lo interior unas detestables pinturas al fresco representan seis generales de la órden, y en lo exterior, encima de la puerta hay grabada esta inscripcion, cuya última frase no me ha parecido muy inteligible: la copio aqui tal como está.

SACELLUM
SANCTI BRUNONIS
HIS EST LOCUS IN CUO
GRATIANAPOLITANUS EPISCOPUS
VIDIT DEUM
SIBI DIGNUM CONSTRUENTEM
HABITACULUM.

Bajando de la capilla entramos en una gruta donde corren dos manantiales, cerea el uno del otro. El uno es de agua casi tibia, el otro está helado.

El camino por el que volvimos presenta un carácter grandioso y salvaje: me paré para admirar uno de aquellos puntos y hacer notar á mi compañero de viage cuan bien dispuestos parecían aquellos parages por la naturaleza para que un pintor hiciese sin cambiar nada en ellos un precioso paisaje: mi guia se echó á reir.

Como no habia nada extravagante en lo que decia, y ni tampoco era á el á quien yo dirigia la palabra, me volví para preguntarle la causa de su hilaridad.

—¡Ah! me dijo, es que vuestra reflexion me hace recordar una graciosa aventura.

—¿Qué ha sucedido aqui?

—En este mismo punto.

—¿Se puede saber?

—Ciertamente no hay misterio ninguno: ha sucedido á un paisagista de Grenoble que habia venido aqui á hacer pinturas; mozo de talento á fe mia: habia encontrado este punto de su gusto, habia establecido aqui su pequeña barraca: era cosa graciosa por demas: figuraba una tienda cerrada, con una abertura únicamente por arriba. Establecia un mecanismo que tapaba el agujero, de modo que la luz entraba por espejos tanto que yo no sé como lo hacia; pero todo el país á quinientos pasos al rededor se reflejaba solo y en pequeño sobre su papel: llamaba á eso una cámara, una cámara....

—¿Oscura?

—Eso es: en efecto una vez dentro de la barraca, no se veia mas ni cielo ni tierra, no se distinguia mas que el paisaje representado al natural sobre el papel, con los árboles, las piedras, la cascada, en fin todo, tan bien que cuando no hacia aire yo hubiera podido dibujar los árboles tan bien como él. Hete

aqui pues que un día que estaba en su máquina dibujando con ardor, ve en un rincón de su paisaje una cosa que se movia: bueno, dijo, esto animará el cuadro. Entonces como queria dibujar la cosa que se movia hete aqui que mira, y despues que se refriega los ojos ¿sabeis qué era lo que se movia en un rincón del paisaje?

—No.

—Pues bien, era un oso, no mas grande que una nuez, es verdad, porque el diablo del espejo lo achica todo, pero de una hermosa estatura visto por fuera: el oso se dirigia hácia su lado y crecia sobre el papel á medida que se adelantaba hácia él. Ya era grande como un huevo: á fe mia que tuvo miedo, tiró el papel, paleta y pinceles, y encomendándose á las piernas llegó á la Cartuja medio muerto. Desde aquella época ha vuelto muchas veces, pero jamás ha podido reducirse á alejarse mas de quinientos pasos de los edificios, y entonces antes de comenzar mira y remira en todos los rincones de su paisaje para ver si hay algun cuadrúpedo.

Prometí dar parte de la aventura á mis camaradas de taller: en efecto no dejé de hacerlo á mi vuelta y la anécdota alcanzó gran boga.

Bien pronto volvimos á pasar cerca de la gran Cartuja: nada quise ver durante el día de aquel interior que tanta impresion me habia causado durante la noche, y sin detenernos bajamos hasta San Lorenzo del Puente, donde encontramos nuestro carruaje: aquella misma noche nos hallábamos en Aix y á la mañana siguiente sobre el camino de Ginebra.

Mientras se comia en Anneci, corrí á la iglesia de la Visitacion, en la que están depositadas las reliquias de San Francisco de Sales: esperando á que abriesen la verja del coro examiné á cada uno de sus lados dos bustos pequeños, el uno de San Francisco, el otro de Santa Chantal, cuyos pedestales huecos y cerrados con un cristal dejaban ver fragmentos de huesos adorados como reliquias.

Al cabo de cinco minutos llegó el sacristan corriendo sin poder respirar, y me abrió el coro: al entrar en él la primera cosa que me chocó fué una vasta y doble verja por la que se podia penetrar en un grande aposento abovedado y sombrío. Aquella verja es la puerta de comunicacion de la iglesia con el convento de la Visitacion, y como, asi como he dicho, da al coro; las religiosas pueden asistir al sacrificio de la misa separadas de los demas fieles y sin estar espuestas á las miradas de los seglares.

Una caja de bronce y de plata colocada sobre el altar encierra los huesos de San Francisco: el cuerpo está revestido con los ornamentos pontificales; las manos, modeladas en cera, están cubiertas con guantes, y una de estas manos está adornada con el anillo pontifical: el rostro está oculto bajo una mascarilla

de plata. La caja, que vale diez y ocho mil francos, ha sido regalada en 1820 por el conde Francisco de Sales y su muger la condesa Sofia. Muchos parientes de este santo existen aun en las inmediaciones de Anneci, habiéndose verificado su muerte en 1625.

En una capilla lateral hay otra caja que sirve de sepulcro á Santa Chantal, que llaman generalmente y con mas familiaridad que veneracion, la madre Chantal. Su caja es un poco menos rica y menos pesada que la del santo, asi es que no vale mas que quince mil francos. La donó á la iglesia la reina Maria Cristina, esposa de Carlos Félix de Saboya.

Por la tarde estábamos en Ginebra, donde no paramos mas que la noche; al día siguiente á las siete nos embarcamos para ir por nuestro hermoso lago azul: al medio día abrazaba yo en Lausana á mi buen amigo Mr. Pellis; y á la una ya corría hácia Mudon en una de esas carretelas de un solo caballo, tan cómodas y elegantes si se comparan con nuestros fiacres y berlinas.

Este modo de viajar, que es el mas agradable de todos, no puede ponerse en práctica mas que por los caminos reales, por que la fragilidad de la caja no resistiria á los vaivenes en los caminos de travesia. El precio diario del caballo, carruaje y cochero, es diez francos, pero como se debe pagar la misma cantidad por el retorno cuando se vuelve de vacío, es preciso calcular sobre veinte, amen de la *trinkgeld* (1) del cochero que queda á la generosidad del viagero, que suele pagarlo mezquina ó generosamente segun le ha servido bien ó mal el cochero. Esa *trinkgeld* suele comunmente ser de dos francos por día. Añádanse á esto tres francos por el almuerzo, cuatro por la comida y dos por la cama, y se verá que en veinte y cuatro horas se ha de gastar una suma total de treinta y un francos, que con los gastos imprevistos la hacen subir á treinta y cinco.

Ahora que he dado estos detalles, que es muy importante conocer en un país cuyos habitantes la mitad del año comen de lo que han ganado en la otra mitad, y en donde los posaderos y fondistas consideran á los viageros como aves de paso á los que cada uno de ellos necesita arrancar una pluma; volvamos á la carretelita que trota por el camino real de Lausana á Morat, y al través de cuyas cortinas de cuero empiezo á divisar á Mudon.

Mudon, el *Mudonium* de los romanos, no ofrece nada de notable mas que un edificio cuadrado del siglo tercero y una fuente del decimosesto, que representa á Moises con las tablas de la ley en la mano.

Nos detuvimos para comer en Payerna; alli se halla el sepulcro de la reina Berta; ha sido descubierto en una escavacion hecha debajo de la bóveda de la torre de San Miguel que

(1) Agujetas ó propina.

pertenecia á la antigua iglesia abacial, donde se la habia sepultado segun una tradicion popular que indicaba aquel lugar como el de su sepultura. El sarcófago estaba tallado en una piedra arenisca, que habia conservado perfectamente los huesos de la viuda de Rodolfo. El consejo de estado del canton de Vaud, despues de haber examinado el proceso verbal de aquella escavacion, convencido de que aquellos huesos eran realmente los de la reina, muerta en 970, los hizo transportar á la iglesia parroquial, y mandó cubrir el monumento con una lápida de mármol negro, en la que se lee esta inscripcion:

PIAE MEMORIAE
BERTHAE
RUD. II BURGUND. MIN. REG. CONJUG. OPT.
CUJUS NOMEN IN BENEDITIONEM
COLUS IN EJEMPLUM.
ECCLESIAS FUNDAVIT, CASTRA MUNIIT,
VIAS APERUIT, AGROS COLUIT,
PAUPERES ALUIT,
TRANSJURANAE PATRIAE
MATER ET DELICIAE.
POST IX SECUCLA
EJUS SEPULC. UT TRADITUR DETECTUM.
A. R. S. MDCCCXVIII.
BENEFICIOR. ERGA PATRES MEMORES.
FILII RITE RESTAURARE.
S. P. Q. VAUDENSIS.

A la piadosa memoria de Berta, la muy buena consorte de Rodolfo II rey de Borgoña menor, de la cual es bendecido el nombre y sirve de ejemplo la rueca. Fundó iglesias, fortificó castillos, cultivó campos, alimentó los pobres. Madre y delicia de la patria Transjurana, habiéndose encontrado su sepulcro despues de nueve siglos, segun se dice, en el año de gracia MDCCCXVIII. reconocidos á los beneficios de los abuelos, los hijos lo restauraron religiosamente.

El senado y el pueblo vaudés.

Otro monumento hay no menos visitado que el anterior, el cual por su parte espone el fondista á la curiosidad de los viageros, y es la silla de montar de la reina. Todavía se ve el agujero en donde solia colocar la rueca citada en el epitafio cuando recorria su reino. Además, las tradiciones de aquella época han quedado en la mente de todos como recuerdos de la edad de oro, y cada vez que se quiere hablar de un siglo afortunado, se dice: *Esto es del tiempo en que hilaba la reina Berta.*

Dos horas despues de haber salido de Payerna entramos en Avenches, que con el nombre de *Aventicum* era la capital de Helvecia en tiempo de los romanos. Entonces era do-

ble mayor su territorio que ahora. Las barcas del lago Morat atracaban al pie de sus murallas: tenía un circo donde rugían leones y combatían esclavos, baños donde las esclavas del Níger y del Indo trenzaban las perfumadas cabelleras de las damas romanas, y las entregaban con cintas blancas ó encarnadas, y un capitolio en donde los vencidos daban gracias á los dioses por el triunfo de sus vencedores. Comprometida por una de aquellas revoluciones romanas, parecidas á los terremotos que salen del Vesubio por caminos subterráneos á destruir á Foligno, alcanzaronla las mortales disensiones entre Galba y Vitelio. Ignorando la muerte del primero quiso permanecerle fiel; entonces Albano Cecina, gobernador general de Helvecia, marchó contra ella á la cabeza de una legión que llevaba el nombre de *la Terrible*. Dueño de Aventico creyó coger en un rico romano llamado Julio Alpino, al jefe del partido vencido, y á pesar de los testigos que deponían de la inocencia del anciano, á pesar de los llantos de Julia su hija, consagrada á Vesta, y á quien llamaban la hermosa sacerdotisa, Alpino murió en un suplicio. Julia no pudo sobrevivir á su padre; la erigieron un sepulcro con el epitafio siguiente que consagra aquel amor filial.

JULIA ALPINULA HIC JACET,
INFELICIS PATRIS INFELIX PROLES.
EXORARE PATRIS NECEM NON POTUI:
MALE MORI IN FATIS ILLI ERAT.
VIXI ANNOS XXIII.

*Aquí reposa Julia Alpinula,
hija infeliz de un desgraciado padre.
No pude con mis ruegos evitar su muerte;
era su destino morir de mano airada.
Ha vivido veinte y tres años.*

La piedra en que se hallaba grabada esta inscripción ha sido comprada por un inglés.

Entonces fué arruinada Aventicum. *Widonissa*, que es la moderna Windich (4) y la antigua capital, no tuvo importancia alguna hasta el momento en que habiéndose retirado á ella Tito Flavio Savino, después de haber desempeñado en Asia el encargo de intendente receptor de las contribuciones, dejando allí después de su muerte á su viuda y dos hijos, llegó á ser emperador el menor de los dos. Este era Vespasiano.

Apenas se vió sentado en el trono romano cuando cual piadoso hijo se acordó de la humilde ciudad materna que había dejado en las montañas de la Helvecia. Volvió un día á ella sin corona y sin lictores, bajó de su carro á algunos estadios de la población, y por uno de los caminos conocidos desde su infancia, se fué á la casa en que había nacido, se dió á co-

(4) Pequeña aldea de la Argovia.

nocer de las gentes que la habitaban y pidió el cuarto que había sido el suyo durante quince años, y desde aquel cuarto que le había visto tan ignorante de su tan grande porvenir, decretó el esplendor de Aventico. Todo se animó de pronto á su poderosa voz. Volvió á levantarse el circo, y resonó de nuevo con los rugidos y lamentos que tenía ya olvidados. Nuevos edificios más suntuosos aun que los antiguos salieron de las canteras de mármol de Crevola; alzóse más suntuosamente un templo á Neptuno, y sobre sus columnas toscanas coronadas de un arquitrave, fueron esculpidos los caballos marinos de Amfitrite y las fabulosas sirenas de Ulises. Después, en fin, cuando la ciudad volvió á verse hermosa y adornada, y como una coqueta se contempló de nuevo en las azuladas aguas del lago Morat, el emperador la regaló para completar su femenino afeite, un cinturón de murallas, que sacó á gran coste de las canteras de Narde-Nolex (4), y por segunda vez volvió *Aventicum* á ser la capital del país, *gentis caput*, título que conservó hasta el reinado de Constantino Cloro.

En el año 307 de Jesucristo los germanos se arrojaron sobre la Helvecia y penetraron en *Aventicum*, en donde hicieron un inmenso botín. A los gritos de los habitantes que se llevaban esclavos, acudió el emperador con su ejército, rechazó á los germanos más allá del Rin, edificó sobre las orillas de este río y de un lago la ciudad de Constanza; erizó de fuertes y soldados la cadena de montañas que rodean la Argovia, para impedir una segunda irrupción. Pero el socorro había llegado demasiado tarde para *Aventicum*: la ciudad estaba arruinada por la segunda vez, y Ammiانو Marcelino que pasó allí en 355, es decir cuarenta y ocho años después, la encontró desierta. Sus monumentos estaban casi destruidos y derribadas sus murallas.

Así permaneció mutilada y solitaria hasta que en 607 el conde Wilhen de Borgoña edificó su castillo romano sobre los cimientos del capitolio del emperador Galba.

Poco tiempo después (en 646) durante la guerra entre Teodorico y Teodoberto, *Aventicum* fué tomada de nuevo; el castillo, que apenas se acababa de construir, demolido, y la ciudad tan completamente arruinada que la comarca tomó el nombre de *Aechtiland*, ó país desierto, y lo conservó hasta 1076, época en que Bonnardo, obispo de Lausana, hizo edificar la nueva ciudad con las ruinas de la antigua, y del nombre de *Aventicum*, la llamó Avenches.

La ciudad moderna conserva aun para el viajero que la pregunta, su historia pasada grabada en páginas de piedra y de mármol. Con el auxilio de una investigación un poco seria se reconocen á cual de sus dos edades pertenecen sus ruinas. El anfiteatro, que se halla

(4) Neuchatel.

edificado sobre punto elevado á un extremo de la ciudad, conserva aun escavado en sus cimientos el subterráneo donde se encerraban los leones; pertenece evidentemente á la primera época, es decir que se remonta al reinado de Augusto. Un helveciano y un romano esculpidos en el muro del recinto del circo, prueban dándose la mano que fué edificado poco tiempo después de la pacificación de la Helvecia.

Las dos columnas del templo de Neptuno, que se conservan en pie todavía, son de mármol blanco, datan del reinado de Vespasiano. Esto es todo lo que resta de una especie de bolsa ó academia levantada, por la compañía de marineros y á sus espensas, así como lo prueba esta inscripción grabada en su roto frontispicio.

IN HONOREM DOMUS DIVINAE
NAUTAE AVRANII ARAMICI
SCOLAM DE SUO INSTRUXERUNT,

L. D. D. D.

En la época en que yo visité aquellas columnas, una cigüeña había establecido su nido sobre la más alta de las dos, y allí criaba sus cigüeños bajo la protección del gobierno vandés. La multa de setenta francos impuesta á cualquiera que mate uno de aquellos animales, le daba tal confianza, que aunque nos acercamos no hizo el menor movimiento siquiera, y continuó gravemente partiendo en dos pedazos con el pico y las patas á una pobre rana, de que dió un pedazo á cada uno de sus hijos con una equidad enteramente maternal.

Los otros restos antiguos dignos de alguna atención son una cabeza colosal de Apolo, una cabeza de Júpiter, y un león de mármol. Estos restos se hallan encerrados en el anfiteatro.

En cuanto á las ánforas, urnas funerarias, estatuas pequeñas de bronce, y medallas descubiertas en las escavaciones, el viajero las hallará rotuladas con bastante orden y gusto en casa del síndico Toller. Invito además á los aficionados á que miren con atención una pequeña estatua que el sencillo magistrado les enseñará bajo el nombre de Paris dando la manzana. Si verdaderamente es un Paris, y si todas las proporciones de aquella figurita son exactas, se explica perfectamente el obstinado amor de Elena. No fué la hermosa el único don que Venus en su reconocimiento, concedió al pastor frigio!

Algunos centenares de pasos fuera de las murallas, y á orillas del camino, á la izquierda hay una casita construida á espensas de la ciudad, donde se conserva un mosaico bastante hermoso, que parece haber sido el fondo de un baño.

Para ver todas estas curiosidades nos bas-

TOMO I.

taron una y media ó dos horas: después salimos para Morat.

CÁRLOS EL TEMERARIO.

Morat es célebre en los fastos de la nación suiza por la derrota de Carlos el Temerario, duque de Borgoña. Aquella ciudad había levantado delante de una de sus puertas, como trofeo en conmemoración de su victoria, un osario construido con los cráneos y huesos de ocho mil borgoñones. Tres siglos se mantuvo en pie este templo de la muerte, mostrando sobre aquellos huesos emblanquecidos la huella de los terribles mandobles que habían descargado los vencedores, y llevando esta inscripción triunfal en su frontispicio:

DEO OPT. MAX.
CAROLI INCLITI ET FORTISSIMI
BURGUNDICE DUCIS EXERCITUS
MURATUM OBSIDENS AB HELVETHIS
CAESUS HOC SUI MONUMENTUM RELIQUIT.
ANNO MCCCCLXXXVI (4)

Un regimiento borgoñon lo destruyó en 1798 cuando la invasión de los franceses en la Suiza, y para borrar todo vestigio de la afrenta paternal arrojó los huesos en el lago, que vomita algunos á sus orillas cada vez que le agita una tempestad.

En 1822 la república de Friburgo hizo levantar en el sitio en donde había estado el osario una sencilla columna de piedra cuadrangular de unos treinta pies de altura casi, y que lleva grabada esta inscripción en el lado que mira al camino:

VICTORIAM
XXII. JUN. MCCCCLXXXVI,
PATRUM CONCORDIA
PARTAM
NOVO SIGNAT LAPIDE
RESPUBLICA FRIBURG.
MDCCCXXXII (2).

Si se quiere abarcar de una ojeada el cam-

(4) A Dios, optimo, maximo. Sitiando á Morat el ejército del muy inclito y muy fuerte Carlos, duque de Borgoña, fué destruido por los suizos y dejó este recuerdo de su derrota. Año 1476.

(2) La república de Friburgo consagra con esta nueva lápida la victoria alcanzada en 22 de junio de 1476 por los esfuerzos de sus padres. 1822.

po de batalla de Morat, será preciso detenerse cerca de cien pasos de aquel osario; entonces se tendrá en frente á la ciudad construida en anfiteatro sobre las márgenes del lago que le baña los pies: á la derecha las alturas de Gurmels, detras de las cuales corre el Sarina, á la izquierda el lago de Morat que domina el monte Villq, cubierto todo de viñedos, separándolo del lago de Neufchatel, detras la aldea de Faoug, y en fin á los pies el terreno mismo en donde pasó el acto mas sangriento de la trilogía fúnebre del duque Carlos, que comenzó en Granson y concluyó en Nancy.

Una derrota habia probado al duque que si habia conservado el sobrenombre del Temerario habia perdido el de Invencible. Habia desde entonces en su blason ducal una mancha que no podia labarse mas que con sangre: un solo pensamiento, pensamiento de venganza, reemplazaba en él la convicción de su fuerza; siempre era el mismo su valor, pero no era la misma su confianza. Nadie desconfía de su armadura hasta que falsea. Sin embargo el orgullo de Carlos era arrastrado á su destruccion por la voz de su orgullo y caminaba en la tempestad cual una nave perdida que se estrella en todas las rocas. Habia en seis meses reunido un ejército tan numeroso como el que habia sido destruido; pero los nuevos soldados que lo componian, sacados los unos de Picardía, otros de Borgoña, estos de Flandes, aquellos de Artois, eran extraños los unos á los otros y divididos entre sí. En otro tiempo la constante fortuna del duque los hubiera reunido por una confianza comun; pero llega: los dias adversos comenzaban para él y aquellos hombres marchaban al combate con indisciplina y murmurando.

Por su parte los suizos, segun costumbre, se habian dispersado inmediatamente despues de la victoria de Granson. Cada cual habia seguido su bandera en su canton, por que habia llegado la estacion del *Alpage*, y las nieves que se derretian llamaban á las montañas á los soldados pastores y sus rebaños.

Cuando en 40 de junio de 1476 el duque de Borgoña vino á sentar su campo en la aldea de Faoug, situada hácia la estremidad occidental del lago, la Suiza no tenia para oponerle mas que mil doscientos hombres y por toda muralla de defensa la aldea de Morat. Asi desde que Berna, su hermana, supo que el duque de Borgoña se adelantaba con todas sus fuerzas, marcharon mensajeros para todos los cantones, y encendiéronse hogueras en las montañas como señales de guerra y el grito de *á las armas*, resonó por todos los valles.

Adriano de Bubemberg, que mandaba la guarnicion de Morat, vió avanzar aquel ejército treinta veces mas numeroso que el suyo, sin dar señal alguna de temor; reunió á los soldados y habitantes, les espuso la necesidad que iban á tener los unos de los otros, la precision en que estaban de no formar mas que

una familia armada á fin de que se ayudasen mutuamente como hermanos, y cuando los vió en estas disposiciones, les dictó el juramento de sepultarse hasta el último, bajo las ruinas de su ciudad. Tres mil voces juraron al mismo tiempo, despues una sola voz juró á su vez imponer la muerte á cualquiera que hablase de rendirse. Esta voz era la de Adriano Bubemberg. Tomadas estas precauciones escribió á los berneses. «El duque de Borgoña está aqui con todo su poder, con sus afeminados italianos y algunos traidores alemanes; pero los señores del ayuntamiento, consejeros y ciudadanos de Berna pueden estar sin miedo, no apresurarse y calmar el ánimo de todos los demas confederados. Yo defenderé á Morat.»

Durante este tiempo, el duque cercaba la ciudad con las alas de su ejército, mandadas por el gran bastardo de Borgoña y por el conde de Romont. El primero se estendia por el camino de Avenelus y de Estavayer, el segundo por el camino de Arberg, el duque formaba el centro, y desde la magnífica habitacion de madera que se habia hecho construir sobre las alturas de Courgeboux, podia apresurar ó contener sus movimientos como un hombre que abre ó cierra los brazos. La ciudad estaba libre solo por una parte: la del lago, cuyas ondas venian á bañar sus muros, y sobre cuya superficie se deslizaban silenciosamente todas las noches lanchas cargadas de hombres, de socorros y municiones de guerra.

En el otro lado del Sarina y detras del duque, los suizos no solamente organizaban la defensa, si no tambien el ataque. Las pequeñas poblaciones de Laupen y de Gumener habian sido puestas en estado de resistir á un golpe de mano, y Berna protegida por ellas, se habia hecho el punto de reunion de los confederados.

Bien vió el duque, que no tenia tiempo que perder; hizo intimar la rendicion á la ciudad; y á su negativa, por medio de su comandante, el conde Romont hizo descubrir setenta gruesas bombardas, que al cabo de dos horas habian derribado un lienzo de muralla bastante ancho para dar el asalto. Los borgoñeses viendo desmoronarse la muralla corrieron hácia la ciudad gritando: *Ciudad tomada*; pero sobre la brecha encontraron una segunda muralla mas difícil de derribar que la primera, muralla viviente, muralla de hierro, contra la que los once mil hombres del conde de Romont vinieron á estrellarse cinco veces en el espacio de ocho horas. En el primer asalto perecieron setecientos soldados, y el gefe de la artillería fué muerto de un arcabuzazo.

El duque de Borgoña, se volvió cual un jabali herido, y se replegó sobre el Laupen y Gumenen. El choque resonó hasta en Berna, que un instante tuvo gran miedo viéndose amenazada tan de cerca; envió sus banderas con seis mil hombres al socorro de las dos

ciudades. Este refuerzo llegó para ver tomar la retirada al duque Carlos.

La cólera del borgoñon habia llegado á su colmo. Sitiado él mismo en cierto modo, entre las tres poblaciones que él mismo bloqueaba, pareciase á un leon defendiéndose en un triángulo de fuego. Nadie osaba aconsejarle; cuando llamaba á sus capitanes, se le acercaban con miedo, y los que por la noche estaban de centinela en la puerta de su tienda, le oian con terror gritar y romper sus armas.

La artillería tronó sin interrupcion durante diez dias, agujereando las murallas y arruinando la villa, sin cansar ni un momento la constancia de sus habitantes. Dos asaltos dirigidos por el duque en persona fueron rechazados. El Temerario subió dos veces sobre la brecha, dos veces volvió á bajar de ella. Adriano de Butemberg se hallaba en todas partes y parecia haber hecho pasar su alma al cuerpo de sus soldados: despues de haber empleado todo el dia en rechazar los furiosos ataques de su enemigo, escribia tranquilo por la noche á sus aliados: «Señores, no os precipiteis y estad tranquilos; mientras tengamos sangre en las venas defenderemos á Morat.»

Sin embargo, los cantones se habian puesto en camino y se reunian. Ya los hombres de Oberland, de Brienna, de Argovia, de Uri, y de Entlibuch habian llegado, y á ellos se habia agregado el conde Osvaldo de Thiestein, trayendo á los del pais del archiduque Segismundo. El conde Luis Eptingen se habia acampado bajo las murallas de Berna con el contingente que Estrasburgo se habia comprometido á dar; y que enviaba como aliada de palabra: en fin, el duque Renato de Lorena habia hecho su entrada ya en la ciudad á la cabeza de trescientos caballos, llevando cerca del suyo un oso monstruoso, maravillosamente domesticado, y al que daba á lamer su mano cual si fuese un perro.

Ya no se aguardaba mas que los de Zurich; llegaron el 24 de junio por la tarde. Estaban acompañados de los hombres de Turgovia, de Baden y demas bayliages libres.

Esto era mas que los confederados esperaban, y asi iluminóse la ciudad de Berna, y se pusieron mesas en las puertas de las casas en obsequio de los recién llegados.

Diéronseles dos horas de descanso, despues por la tarde, todo el ejército confederado se puso en marcha lleno de ánimo y esperanza entonando cada canton su himno de guerra.

Por la mañana asistió el ejército á maitines en Gumenen, y luego recibió la orden de batalla á espalda de la montaña opuesta á la en que habia colocado el duque sus tiendas.

Hans de Hallowyl, noble y valiente caballero de Argovia, mandaba la vanguardia. Berna le habia recibido entre sus ciudadanos para recompensar los altos hechos de armas en que se habia distinguido en los ejércitos del rey de Bohemia y en la última guerra de Hungría

contra los turcos. Tenia á sus órdenes los montañeses del Oberland, del Entlibuch, antiguos liguros y ochenta voluntarios de Friburgo, que para reconocerse en la pelea habian cortado ramas de tilo, y puéstolas cual penachos en sus cascos y sombreros. Despues de estos venian mandando el cuerpo de batalla Hans Waldman de Zurich y Guillermo Herter, capitan de las tropas de Estrasburgo, á quien se habia dado esta parte de mando para honrar en su nombre á los fieles aliados que habia traído en socorro de la confederacion. Tenian bajo sus órdenes todos los cantones agrupados en derredor de sus banderas, cada una de las cuales estaba defendida por ochenta hombres escogidos entre los valientes, armados de corrazas, de picas y hachas de armas. Por último, Gaspar Hertenstein de Lucerna, conducia la retaguardia. Mil hombres colocados á mil pasos á cada costado del ejército, protegían en guerrilla su marcha por entre los bosques que cubrian la pendiente de la cuesta que seguian yendo de Gumenen á Laupen. Todo el ejército de los confederados reunidos, podia ser de treinta á cuarenta mil hombres. El duque de Borgoña mandaba casi tambien con poca diferencia igual número de soldados; pero su campo parecia mucho mas considerable á causa de la gran cantidad de mercaderes y mugeres de mala vida que arrastraba en su seguimiento.

El dia anterior habia habido alarma entre aquella muchedumbre. Habia corrido la voz de que los suizos habian pasado el Sarina. Súpolo el duque con grande alegría, y habiase puesto de repente en movimiento todo su ejército y habia salido al encuentro del enemigo hasta la cresta de la montaña; pero la lluvia que sobrevino obligó á cada cual á volverse á cuarteles.

A la mañana siguiente el duque hizo ejecutar el mismo movimiento. Esta vez pudo ver al otro lado de la colina á sus enemigos atrincherados en el bosque. El cielo estaba encapotado y era espesa la lluvia. Los suizos, entretenidos en armar caballeros, no hacian movimiento alguno. El duque, despues de haber aguardado dos ó tres horas, juzgó perdida la jornada y se retiró á su campamento. Los generales, por su parte, viendo mojada la pólvora, tirantes las cuerdas de los arcos y rendida de cansancio la gente, dieron la señal de retirada. Este era el momento que aguardaban los confederados. Apenas vieron el movimiento que hacia el ejército del duque, cuando Hans de Hallowyl gritó á su vanguardia:—De rodillas, hijos, y oremos á Dios.—Obedecieron todos. Este movimiento fué imitado por los demas cuerpos, y la retaguardia, y la voz de treinta y cuatro mil hombres orando por su libertad y su patria se elevó hácia Dios.

En aquel instante, fuese casualidad ó proteccion del cielo, rasgóse el velo de nubes que encapotaba el cielo, para dejar paso á un rayo de sol que fué á reflejarse en las armas

de aquella muchedumbre arrodillada. Entonces se levantó Hans de Hallelwyl, desenvainó su espada, y volviendo la cabeza hacia la parte de donde venía el rayo de luz exclamó: «Valientes, Dios nos envía la claridad de su sol; pensad en vuestras mugeres y en vuestros hijos!...»

Con un solo movimiento se levantó todo el ejército gritando á una sola voz: ¡Granson! ¡Granson! y rompiendo la marcha llegó con bastante orden sobre la cresta de la colina poco antes ocupada por los soldados del duque. Allí un gran número de perros de montaña que iba delante del ejército tropezó con una porción de perros de caza que pertenecían á los caballeros borgoñones, y como si aquellos animales hubiesen participado del odio de sus amos, se arrojaron los unos sobre los otros. Los perros de los confederados, acostumbrados á hacer frente á los toros y á los osos, no tuvieron gran trabajo para vencer á sus enemigos, que echaron á correr hacia su campo; esto fué mirado por los confederados como buen agüero. Los suizos se dividieron en dos cuerpos para intentar dos ataques. Desde la víspera se habían destacado ya mil ó mil doscientos hombres del cuerpo del ejército, y atravesando el Sarina un poco mas arriba de su reunion con el Aar, se habían adelantado observando el conde Romont, á quien debían inquietar, para impedirle por este medio socorrer al duque Carlos. Hallelwyl que mandaba uno de aquellos cuerpos, reunido á su vanguardia, y Waldman que tenia el otro, combinaron sus movimientos de modo de atacar los dos al mismo tiempo; y partiendo del mismo punto se abrieron como una V, y se fueron á atacar, Hallelwyl la derecha y Waldman la izquierda del campo, defendido en toda su circunvalacion por fosos y atrincheramientos, entre los cuales se veían las ennegrecidas bocas de un gran número de bombardas y de gruesas culebrinas. Aquella linea permaneció muda y sombría hasta el momento en que los confederados se encontraron á medio tiro de cañon. Entonces una faja inflamada pareció formar una cintura en el campamento, y grandes gritos dados por los suizos anunciaron que la muerte habia destrozado sus filas.

Sobretudo, la tropa de Hallelwyl fué la que mas padeció en la primera carga. En seguida corrió á su auxilio Renato de Lorena con trescientos caballos. En el mismo momento abrióse una puerta del campamento, y una tropa de caballeros borgoñones, salió y dió una carga lanza en ristre. Como no estaban mas que á cuatro espacios de lanza los unos de los otros, una bala mató el caballo de Renato de Lorena, que desmontado rodó por el lodo: se le creyó muerto. Entonces le tocó á Hallelwyl acudir en su socorro y le salvó. Waldman por su parte se habia adelantado hasta las orillas del foso; pero habiase visto obligado á retroceder ante el fuego de la artillería borgoñesa; se

fué á rehacer su gente tras de una colina, y volvió de nuevo á atacar al enemigo.

Entonces fué cuando corrieron á decir al duque que los suizos le atacaban. Creia tan poco semejante audacia, que las primeras descargas no le habian hecho salir de su tienda, pensando que continuaban los suyos haciendo fuego contra la ciudad.

El mensajero que le llevó esta noticia lo halló en su cuarto medio desarmado y sin espada en el costado, y con la cabeza y manos desnudas. No quiso creer al pronto la noticia; pero cuando el mensajero le dijo que él habia con sus propios ojos, visto á los suizos que atacaban el campamento, se encolerizó profiriendo furiosas palabras y dándole un puñetazo. En el mismo instante entró un caballero con una herida en la frente y la armadura toda ensangrentada. Vióse entonces Carlos obligado á rendirse á la evidencia. Púsose su casco y sus manoplas, saltó sobre su caballo de batalla que habia permanecido ensillado, y cuando le advirtieron que se olvidaba de tomar la espada, enseñó la pesada maza de hierro que colgaba del arzon de la silla, diciendo que aquella arma era cuanto necesitaba para pegar á semejantes animales. Al decir estas palabras puso á galope su caballo, subió corriendo al punto mas elevado del campo, y desde allí, levantándose sobre los arzones, abarcó con una ojeada el campo de batalla. Apenas hubieron reconocido por la bandera ducal que le seguía el sitio donde se podia hallar, corrieron hacia él el duque de Somerset, jefe de los ingleses, y el conde de Marle, hijo mayor del condestable de Saint-Pol, y le preguntaron que era lo que debían hacer. *Lo que veais que yo haga*, respondió el duque lanzando su caballo hacia un punto que los enemigos acababan de forzar. Era todavía aun Hallelwyl que con su vanguardia, rechazado de un flanco no habia cesado de dar vueltas alrededor de los atrincheramientos; encontrando al fin un punto mas débil se habia apoderado de él, y volviendo en seguida los cañones de los enemigos, contra los enemigos mismos, metralaba casi á boca de jarro á los borgoñones con su propia artillería. Hacia aquel punto se dirigia el duque, y esta acción se verificaba por el punto por donde pasa hoy el camino de Friburgo.

Carlos cayó como un rayo en medio de la pelea; su arma era el arma del carnicero, pues á cuantos daba, caian rodando á sus pies por el suelo cual toros bajo una maza. El combate acababa de restablecerse con cierta apariencia de fortuna para el duque, cuando en el extremo derecho se oyeron muchos gritos y un gran tumulto. Hertenstein y su retaguardia, habiendo continuado el movimiento circular indicado al ejército suizo para su plan de batalla, habia logrado dar ya la vuelta al campo enemigo, y le atacaba por el mismo sitio en que se reunia con el lago. Defendía este punto

el gran bastardo; hizo frente valerosamente al asalto, y tal vez lo hubiese rechazado si no se hubiese introducido un gran desorden en sus tropas.

Adriano de Bubemberg habia salido de la ciudad con dos mil hombres y acababa de cogérle entre dos fuegos.

Sin embargo, el duque Carlos no habia podido recobrar la artillería que se hallaba en manos de los suizos; á cada descarga se llevaban estos filas enteras; pero los que estaban con él eran la flor del ejército, y nadie pensaba en retroceder. Eran los arqueros de á caballo, los hombres de armas de su casa y los ingleses; tal vez habrían aun permanecido firmes mucho mas tiempo, si el duque Renato que se habia reforzado, no se hubiese presentado escoltado de los condes de Eptingen, de Thierstein y de Gruyère á arrojarse con sus trescientos caballos en medio de aquella carnicería. El duque de Somerset y el conde de Marle cayeron al primer choque. La bandera del duque era de la que queria apoderarse Renato, su enemigo capital: tres veces lanzó su caballo tan cerca de ella que no tenia mas que alargar la mano para cogérle, y tres veces se encontró entre ella y él un nuevo caballero que le fué preciso matar: al fin logró alcanzar á Jacobo de Maes que la llevaba, mató su caballo, y mientras que el ginete se hallaba cogido debajo del moribundo animal, y en lugar de defenderse, este estrechaba contra su pecho la bandera de su señor, Renato logró encontrar con la punta de su espada de dos manos una coyuntura de la armadura, y dejándose caer con todo su peso sobre el puño de la espada clavó en el suelo á su enemigo. Durante este tiempo un hombre de la comitiva, deslizándose por entre las piernas del caballo, arrancaba de las manos de Jacobo Maes la bandera que el leal caballero no soltó hasta despues de espirar.

Desde entonces fué como en Granson, no una retirada, sino una derrota; porque Waldman, vencedor tambien en el punto que habia atacado, vino aun á aumentar el desorden. El duque Carlos y los soldados que le quedaban estaban cercados por todas partes: el conde Romont, molestado por los que se habian destacado contra él, ignorando ademas lo que sucedia á su espalda, no podia acudir á desembrazarle. No quedaba ya mas que una esperanza, abrir brecha en aquella muralla viviente, cuyo espesor no podia calcularse, y despues de llegar al otro lado, huir á todo escape hacia Lausana. Rodearon, pues, á su duque diez y seis caballeros, y enristrando las lanzas atravesaron con él por todo el ejército confederado. Cuatro cayeron en el camino: fueron los señores de Grimberges, de Rosimbo, de Mailly y de Montaigu. Los doce que permanecían firmes en sus sillas, lograron llegar á Morges con su señor, haciendo en dos horas una carrera de doce leguas. Esto

era cuanto le quedaba al Temerario de su rico y poderoso ejército.

En el momento en que el duque cesó de resistir nada mas acaeció ya. Los confederados recorrieron el campo de batalla hiriendo á cuantos quedaban en pie y acabando de matar á los que habian caído: no se dió cuartel mas que á las mugeres; los borgoñones que intentaron escaparse por el lago fueron perseguidos por medio de barcas. El agua estaba cargada de cadáveres y enrojecida con la sangre, y durante mucho tiempo, los pescadores, al sacar sus redes, recogieron fragmentos de armadura y trozos de espada.

El campamento del duque de Borgoña y todo lo que contenia cayó en poder de los suizos. Los vencedores regalaron al duque Renato en testimonio de admiracion por su valor durante la jornada, la tienda de Carlos con las colgaduras, tapices y armas preciosas que se encerraban en ella. La artillería se dividió entre los confederados que habian enviado tropas, y cada canton que habia enviado gente obtuvo algunas piezas como trofeos de la batalla. Morat tuvo doce. Yo visité el lugar donde se conservan estos antiguos recuerdos de aquella gran derrota. Estos cañones no están fundidos de una pieza, están compuestos de varios anillos entrantes y salientes soldados unos con otros, modo de fabricacion que debia quitarles mucho de su solidez.

En 1828 ó 29, Morat pidió cañones á Friburgo para celebrar estrepitosamente la fiesta de la confederacion. La metrópoli del canton, no sé por qué causa, no accedió á esta demanda, los jóvenes se acordaron de los cañones del duque de Borgoña y los sacaron del arsenal donde dormían hacia ya cuatro siglos, les pareció digno de ellos el celebrar el aniversario de su nuevo pacto de libertad con los trofeos de la victoria que debían á la confederacion antigua. Los arrastraron con grande algazara á la esplanada que está á la izquierda del camino al entrar en la ciudad; pero á los primeros disparos una bombardas y una culebrina se reventaron, y cinco ó seis personas de las que servian estas dos piezas fueron muertos ó heridos.

FRIBURGO.

En Morat no nos detuvimos mas que dos horas: este tiempo bastaba ademas para visitar lo que la ciudad ofrece de curioso. Sobre las tres de la tarde volvíme á subir en nuestro carruaje y nos pusimos en camino para Fri-